



poesía

Alfredo Fressia

SENRYU

Arde el bautismo,
la anaconda mortal
y perfectible.

Son diecisiete
sílabas. Agua honda
de un Amazonas.

Desvié con piedras
la marcha de un cangrejo.
Hallé a mis muertos.

(Génesis, XXXVII)

José no sueña:
lo sueñan los camellos,
la arena, el ládano.

Un buey contiene
en sí a todos los bueyes.
¿Qué hay en un hombre?

Lenta es la harina.
Las aspas del molino
muelen el tiempo.

(A Gustavo Wojciechowski)

Silba y se peina
los bigotes. Afuera
lo oye un sabiá.

Es un caballo
-es todos los caballos-
y no relincha.

Un ratón duerme,
gloria en el lauredal.
Bosteza el gato.

(A Enrique Fierro)

Tablero al sur.
Saltar las casas muertas.
Dar blanco en verso.

Himplen, panteras,
las cigüeñas crotoren.
Conjugué un hombre.

Cayó una estrella.
¿Herido por qué flecha
relincha el viento?

Otoño y sol.
Suena el viento en las cañas.
Un muerto yace.

No se oye al sapo,
el aljibe está seco.
Croa el silencio.

Oí noticias
del centro de la tierra.
Guardo silencio.

Miro la marcha
de un cangrejo en la arena.
¿Alguien me ve?

Brilló el cuchillo:
pende el cuello del ave.
¿Qué me pregunta?

Arbol o espectro,
te embalsamó el otoño
de oro, aserrín.

Juego ajedrez
largas noches de invierno.
No sé con quién.

Mantra del odio.
Siempre maldita seas,
maldita seas.

Trueno y relámpago.
Se te seca la sangre
y arde en tus
venas.

Cárcel y miedo,
se desplome la torre
en tu cloaca.

Voló un paraguas
al viento. Escapa en globo
la mala suerte.

Dulce es su beso,
y el alcohol de las frutas.
Otoño embriaga.

Huele a café.
Muchachos negros cargan
piedras de azúcar.

Ave alterada,
no acabará en silencio
este poema.

Crece el hastío,
yo como hongos gigantes.
Engorda el mundo.

Vuela el jilguero.
No lo ve tras las rejas
un hombre preso.

Souvenirs: sueña
alas de mariposa
la momia insomne.

Trinó un canario.
El preso número II
nunca lo supo.

Punza el recuerdo.
Un samovar rezuma
gotas de té.

Gira el recuerdo.
Exhala un samovar
vapor de té.

Lento el azúcar
se disolvió en el té.
Yo entre los años.

Lee el futuro
en las hojas de té.
Blanca es la taza.

Tela de araña:
se pegan al insomnio
los pensamientos.

Cayó entre leñas,
picado de escorpión.
Ardía la muerte.

Eso es exilio,
vagar y hallar ciudades
inhabitables.

Erguir ciudades
atoradas de historia
-y que no existen.

Sólo unas décadas
(es un soplo la vida)
Dicen: paciencia.

Pobre el poeta,
pasó las de Caín.
Ahora escribe.

Hasta mi casa
desde Montevideo
será una vida.

Hasta mi casa
desde Montevideo
hay un océano.

Hasta mi casa
desde Montevideo
dura la muerte.

Duró una noche:
al este del poema,
Nod bombardeado.

Bomba otra vez
sobre Nod maldecido.
Fue una península.

Fue una península.
La recorría en mi infancia.
Fue una península.

Reerguir el texto,
sumar todas las sílabas
de la memoria.

Reconstruir,
volver dúctil el verbo,
aclimatarlo.

Todo es mentira,
incluso la verdad
hueca de exilio.

Todo es verdad,
incluso la mentira
de este poema.

“Prince de l’exil,”
Baudelaire llamó al diablo.
“Rey” mejor fuera.

Julián Herbert

Cuando digo Occidente digo

Volveré (como la oscura
golondrina de Mac Arthur*)
a este parque de accidentes:

el boxeador platónico noqueado en el puño de su sombra,
la luz ensimismada en un puñado de cal
como un tiro ampuloso en la cabeza de un santo,
los puños de la camisa del desastre,
los empuñados miembros de guerreros tártaros que marchan en la herida
hacia la humilde Xanadú de la putrefacción;
la empuñadura del pensamiento aljofarada de calaveras,
el idioma flexible y grumoso como ángeles al dente,
apuñalados.

Cuando digo Occidente digo
atalaya del crepúsculo del cuervo,
margaritas eufóricas en un llano de hielo,
rosas como cavernas talladas en el roce de los labios;
digo otras flores, otros precipicios,
digo torpedos y digo Torquemadas,
y ojalá no fuera tan linealmente sintaxis
esta coreografía hipertextual,
estos inmarcesibles crisantemos de plástico
avivándonos como a yuppies (ordalía
del concepto,
líposucción de la frase: el último oro
es esta niebla).

Cuando digo Occidente digo
parque de accidentes
cual si la faz del sol a punto de ponerse
fuera un álbum de ventanas: estampitas.

Esta sopa de letras infinita:
yo hablo desde el Fin de los Tiempos.
Aburrido,
como hemos hecho siempre.

*“Una golondrina
no hace verano”.
Cfr. Donna Summer,
MacArthur Park

Julián Herbert
El lugar donde se fríen espárragos
(featuring Octavio & Gabilondo)

En Xanadú, los canes de la usura
acuñaron monedas que valían veinte talentos
porque mostraban la efigie del poeta
y el emblema: Todo es este presente.

¿Quién dijo que el crimen de leer no paga?
¿Acaso alguien ha hecho literatura comparada
entre el opio de Coleridge
y los bombones de Cri Cri?
Creo que sí: en el patio del castillo
han sembrado un gran barquillo
y lo riegan tempranito con refresco de limón.

*It was a miracle
of rare device".
Kubla Khan, v. 35

Es un milagro de ardid extraño*,
un pedazo de hielo
creciendo hacia el verano: un sauce de cristal,
un chocho de agua.

(En el lugar donde se fríen espárragos
no queda un palmo de tierra para sembrar plantas sagradas.)

Trabajos del poeta.

Aspiración. Espiración. Espiritismo
con sonsonete. La belleza es sólo caos
de baldosas biseladas de rocío
y arqueros con los guantes listados de magenta
y doncellas que aproximan –estiletos–
sus dedos de jengibre a la piel de las rosas:
todo arrumbado en la mente de un mongol
protegido del rigor de la roca en que duerme
apenas por la seda preciosa de su túnica.

Ah, tú.

Ah, yo.

Vulgares secretarias
transcribiendo un verde y rojo panegírico
de cúpulas en ruina. Soldados del Khan Kubla
adiestrados en la molicie más estricta,
cabeceando sobre el libro (láminas
a cuatro tintas) y soñando
–igual que Homero mientras despanzurraba teucros–
con el escote de las musas.

Lo dijo Antonio

años antes de morir al sur de Francia:
mi infancia son recuerdos de un patio de Frontera
y Olivia Newton-John
cantando Xanadu.

Que cada quien contemple el paisaje que le toca.

Alberto Valdivia

Simbiosis o crecimiento, intersección.

El desmantelado roce
Va a excusarse a pie con la piedra.
Viento ajeno de brisa, humedad
frescor orgánico, artilugio impostado, fósil ínfula sobre la piedra
o hueso descarriado.
Demarcando lo inaccesible al gozo
Parte de mis segmentos polutos, calcáreos, ososos, ese lindero
Desde donde brota la huella
o atisbo de mi recinto.
Rotura de un hueso anterior al rito de morir, mi cauce
Humano como la piedra, como el hueso, la rotura o la grieta.
Viento de peregrinos que exhuman su búsqueda en la trocha que ahora
se airea hombre
me desgaja piel del hueso, órganos de la sutura frontoparietal, sangre
endurecida de la espina.
La caricia ha envejecido su huella
En el humor de su trepanamiento yo acomodo mis instintos
Recuerdo, memorioso fustigo su carencia inmóvil
Su inexpresivo beso
envejecido desde génesis
Donde seguro tardará en morir
O, herido, padecido por mi tacto, pertenecerme.

(De, *Osario*, inédito 1999)

Luna nueva 3

De entre las eternas mofetas el aire
quema de esquinas la blanda curvatura
las bocas amanecen entre esos humos
y detrás de la noche la noche es otra vez oscura.

La sombra de una mano ha oscurecido sus movimientos
no el cuerpo, la sombra
arriba íntima y sola hacia el cuerpo lejos
el cuerpo lejos ayer detrás destroza y duele
no sé qué viene qué allana acaricia desata.
Una boca abierta
alzada recibe la luna
lame las comisuras de su filo gris
el grito corta la boca en dos mitades
la luna
es una y una
en la boca que se cierra.

Santiago Risso

LAUTARO

Lautaro, el de la enorme y sillar nariz,
que todo lo olía y fuese aprendiz,
vino, con la vela de su enorme cartílago,
navegando en olfato del Sur.

Lautaro, marintero, cuando no
apagó el fuego maquinó el tren.

Lautaro marino, conductor ferroviario
bombero, vendedor de figurillas y cromos,
sobre el lomo de su volkswagen turquesa
o un tren de hielo azul
San Jorge lo guió por mil rutas.
Y su intuición por la propia nariz.

Lautaro, mainel de rencillas, órgano
de corazón pulmón,
frente al horizonte,
siempre suspiró de perfil.

Entre el polvo, ahora,
no te hallo Lautaro,
tan pulcro, anís.

Quién ahora, Lautaro,
maquina el manubrio del tren,
quién revuelta, ahorita,
el ojalillo, la remendez,
la calesita, la testa
de mi niñez.

Luis Marcelino Gómez

HAMBRE DE PEZ

Se me diluye el mar.
Mi sangre es diáspora de aguas.
Sólo escucho
murmullos de un pueblo
donde persisten obstinados pescadores.
Ni siquiera puedo reconstruir el tajamar.
Nadie quiere volver al puerto antiguo, nadie,
sobre todo los últimos que partieron
con la carnada intacta,
los que aspiraron
a encontrar en sus redes aunque fuera esqueletos.
Después del maremoto
hasta los fantasmas de los ahogados
huyeron junto a las especies.

Sólo yo tengo saudades.

El océano cercenó mis dedos.
Con ellos se marcharon las bestias deslizantes,
peces amados,
peces de cuya visión me alimentaba.
Nadie jamás tuvo, ni tendrá reservorio tan grande.
Yo era el dueño de las aguas.

Y aquí estoy perdido,
bifurcado,
deseando revivir estos sargazos, nido de gametos inútiles,
reseco,
añorando siquiera un aguacero para mis algas,
una efímera lluvia con que aplacar esta sed a diario renovada de esponja agonizante,
que habita mi cuerpo de arrecife.

Luis Marcelino Gómez
LAS MIGAJAS

Somos donde los otros
no conocen el gusto de lo efímero.

El sabor está en lo que se desecha
al lado de los hornos.
Cerca del fuego,
las migajas son pabilos
reventando de música el estómago
donde existimos hambre y hombres.

Porque en la pizca
arde el misterio que pervive
en las cenizas.

IV

Del cabello del mundo,
se están despeinando
los sueños.

V

Sé como el sol
que acepta
su destino.

VI

Esta ciudad no me tendrá.
En sus costados no me tendí en mí mismo,
no la habitó mi cuerpo en otro cuerpo.

He de partir.

He de buscar el sitio en que apoyar rostro sobre rostro.
Mi espacio predilecto en otra piel.
Esa otredad donde echarme a morir.

VII

-Madre, ¿qué es el arcoiris?
-Hijo, el sueño del agua.

VIII

Cuando cumplí cincuenta años,
aún lo recordaron mis padres,
mis hermanas,
alguna tía remota,
muy pocos amigos.

Nadie más.

Entonces me detuve ante el espejo.
Advertí muchas canas,
arrugas incipientes:
caminos andados que empiezan y concluyen en mi piel.
Y el hombre del espejo me celebró.
Su imagen me sonrió tranquila.

